

«luz por la Illma. Cofradía, que en la Parroquial de dicha Cibdad tiene la Santa Imágen; y la consagra, al Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Diego Camacho de Avila, Arzobispo que fué muy digno de Manila, y ahora Obispo dignísimo de Guadalajara, Nuevo Reyno de León, Provincia de el Nayarith, California y Coaguila, de el Consejo de Su Magestad y sn Predicador, etc.»

Respecto, pues, del origen, el precitado manuscrito se expresa así, pág. 19: «Y esta imagen que tenemos en Zacatecas de aquella imágen substancial del Padre, se conforma geoméricamente con la misma imágen que representa en tener también inenarrable origen. Yo he cumplido con la obligación que tengo de examinarlo, y no he hallado quien señale directamente su origen: sólo oigo tradiciones, las cuales pondré aquí para que deliberen los que leyeren cuál sea la más razonable.

La primera de estas tradiciones dice, que el santo Crucifijo de esta ciudad de Zacatecas se labró en Europa y lo trajo á nuestros reinos el piadosísimo caballero D. Alonso Guerrero y Villaseca. Esta tradición tiene mucho valimiento en esta ciudad; pero padece impugnaciones, aunque ninguna de eficacia metafísica: y las de congruencia tienen fácil respuesta, y eficacísima retorsión. Puede oponerse á esta tradición, que así como consta ciertamente de otras imágenes de Cristo que trajo de Europa aquél caballero, así también debiera constar de esta: mas es lo cierto que en el catálogo de imágenes, todas admirables y algunas milagrosas, que refiere el Rdo. P. Francisco Florencio de la Sagrada Compañía de Jesús («Hist. Prov. Soc., Mexici, Lib. V, cap. 2»), haber traído de Europa dicho Sr. D. Alonso Guerrero de Villaseca, no se halla el milagroso Crucifijo de Zacatecas, cualquier mediano lógico conocerá que este argumento sólo tiene fuerza de congruencia; pero la retorsión que padece es de eficacia metafísica, y es esta: tampoco empadronó el R. P. Florencio en aquel catálogo la imagen milagrosísi-

ma de Cristo crucificado, que se conserva hoy á corta distancia de Zacatecas, en la hacienda de minas propiedad de aquél caballero: luego tampoco esta imágen de Cristo sería traída por D. Alonso Guerrero de Villaseca, puesto que no figura en dicho catálogo. A desmentir esta ilación vendrán todos los nobles descendientes de aquél caballero, y se citará la misma evidencia, puesto que desde los días del mismo D. Alonso se venera en su hacienda de minas (1) aquella imagen de Cristo crucificado, y para desvanecer cualquiera duda que ocurriere en contrario, se llamó desde entonces hasta hoy «El Santísimo Cristo de los Guerreros (2). Y aun pudiera alegarse aquí cierta disposición dictada por aquél caballero para que dicha imagen no saliese jamás de su hacienda; pero porque tal disposición no sea oída con disgusto de algunos, hallo que la debo omitir; y sólo infiero, para acabar de proponer mi argumento, que el no hallarse el Santo Crucifijo de Zacatecas entre las imágenes milagrosas, que atribuye el P. Florencio á D. Alonso de Villaseca, no prueba que no fuese de dicho caballero el Crucifijo que hoy se venera en Zacatecas; mas tampoco desfiendo tercamente que lo fuese, porque es de insensatos defender lo que no puede probarse.

La segunda tradición dice haber sido el santo Crucifijo donación hecha á la parroquia de Zacatecas por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Francisco Gómez de Mendiola. Fúndase esta tradición en un rótulo que se lee al pie de un retrato de aquél Prelado, el cual retrato consérvase en un pilar de la capilla del Santísimo Cristo; y el rótulo, fielmente trasuntado, dice así:—«El Ilustrísimo y Venerable Sr. Dr. D. Fran-

(1) Donde hoy es el rancho de Guerrero, sobre el camino que conduce de Guadalupe á Saucedá.

(2) Transladada esta santa imagen después que la hacienda pasó á otros dueños, estuvo muchos años en el templo de la Santa Escuela (calle del Guerrero), hasta que cerrado éste al culto católico por la resolución de Reforma, la santa imagen fué llevada á parte donde no ha vuelto á saberse su paradero.

«cisco Gómez de Mendiola, natural del Señorío de Vizcaya, colegial mayor en la Universidad de Salamanca, Oydor de Guadalupe, y despues Obispo de la Nueva Galicia, murió en la ciudad de Zacatecas á veinte y tres de Abril de 1579, donde estuvo enterrado más de veinte años: y despues hallaron su cuerpo incorrupto y le llevaron á la Cathedral de Guadalupe, donde se conserva íntegro, y su sombrero se mueve prodigiosamente las veces que se descubre su cuerpo, y todos los sábados cuando cantan la misa de Nuestra Señora. Y este Sr. Obispo trajo el Santo Crucifijo milagroso á esta parroquia de Zacatecas, en donde confirmó al Venerable Padre frai Joan de Angulo.»

No puede negarse que esta inscripción da mucha autoridad á esta segunda tradición, y fuera temeridad persuadirse á que se puso sin graves fundamentos; pero aunque yo he hecho todas las diligencias posibles por haber á las manos instrumentos que convengan de dicha donación del Crucifijo hecha por aquél señor á la parroquia de Zacatecas, no los he podido conseguir. Y así lo dejo en su línea de pura tradición bien fundada, puesto que es poderoso este raciocinio: aquella inscripción fué puesta con fundamentos; lo cual prueba que la tradición que se funda inmediatamente en tal inscripción, se funda mediatamente, para que la aceptemos como razonable, en los fundamentos de la misma inscripción, los cuales siendo de nosotros ignorados, no producen certeza.

La tercera tradición concilia los dos precedentes y afirma que el Ilmo. Sr. Mendiola hubo, de D. Alonso Guerrero de Villaseca el santo Crucifijo, y ya sea porque en un templo tuviese más culto que en su palacio, ya por el grande afecto que hizo alarde de profesar á la ciudad de Zacatecas, hizo donación á su parroquia del mismo Crucifijo. Mucha quietud halla mi entendimiento en lo substancial de esta última tradición, aunque disiento en alguna de sus circunstancias: en la substancia veo que hay un razonable maridaje entre

las dos opiniones que acabo de referir, siendo ambas de gran autoridad. La primera tiene muchísimos seguidores y no menos la segunda. No me atrevo á desairar á unos y á otros, ni creo que sin fundamento diga cada cual su opinión; y así, pienso que tienen razón los que dicen que el santo Crucifijo vino de la casa de D. Alonso Guerrero de Villaseca á esta iglesia de Zacatecas, sin oponerme á los que afirman haber sido donación hecha á la misma parroquia por aquél Prelado, mediante el cual lo obtuvo ésta de aquél caballero, siendo muy razonables las congruencias que pueden aducirse para corroborar esta opinión, porque el de Villaseca tuvo siempre notable propensión á poseer juntas varias imágenes de Cristo y de su Madre Santísima, siendo él quien trajo de España el portentoso Crucifijo que hoy se venera con suma devoción en el convento de carmelitas descalzos de la ciudad de México, con otro del cual hace mención el R. P. Francisco Florencio en la Historia de la Provincia de Nueva España, lib. V, cap. 2. También fué él quien donó al colegio máximo de San Pedro y San Pablo, que fundó en México á los Reverendos Padres de la sagrada Compañía de Jesús, una devotísima imagen de Cristo en el paso del Ecce-Homo, y es fuera de toda controversia que colocó en su hacienda de minas llamada San Antonio, cercana á esta ciudad de Zacatecas, el milagroso Crucifijo llamado de los Guerreros, del cual podrá ser que ponga yo al fin de este libro una noticia breve. Y así paréceme muy probable que entre tantas imágenes de nuestro amabilísimo crucificado como tuvo aquél caballero, puso una de ellas nuestro Crucifijo de Zacatecas. Para dar mayor fuerza á este raciocinio, pondré las palabras formales con que termina la historia que cité hace poco y el catálogo de imágenes de Cristo que juntó la devoción de aquél cristianísimo caballero y dicen así:

«Y OTRAS QUE SE CREE REPARTIÓ SU RELIGIOSA PIEDAD PARA PROMOVER SU CULTO Y ADORACIÓN EN ESTAS PARTES.» Entre estas imágenes que repartió Don Alonso Guerrero, tengo por

U. A. N. L.

muy probable que estuviese el milagroso Crucifijo que hoy tenemos en esta ciudad de Zacatecas, y que lo hubiese antes regalado al Ilmo. Sr. Obispo Mendiola, de quien fué contemporáneo en estos reinos, puesto que el dicho Ilmo. Sr. Obispo murió, como queda dicho, el día 23 de Abril de 1579, y Don Alonso de Villaseca á los ocho de Septiembre del año siguiente de 1580. Ni aumenta poco la verosimilitud de esta tradición el haber tenido Don Alonso hacienda de minas en el real de Zacatecas, pues esto conduce á la facilidad para venir á esta ciudad el santo Crucifijo desde la cercana hacienda, propiedad de aquél caballero. Y esta misma cercanía había de excitarle naturalmente la idea de hacer donación del Crucifijo á esta parroquia, y no á otra iglesia distante, ya sea inmediatamente y por sí mismo enviándolo, ya mediatemente dándolo á aquél Ilmo. Prelado, de quien se asegura que lo hubo inmediatamente esta iglesia parroquial. La corta distancia que de aquella hacienda hay á esta ciudad, hace muy creíble que el Ilmo. Sr. Mendiola pasase en el tiempo de su Visita pastoral á dicha hacienda de minas invitado, como es de uso frecuente hacerlo por cortesía los ricos mineros de esta ciudad con todos los Señores Obispos de Guadalajara; y que aficionado de la hermosura del santo Crucifijo, su Señoría Ilustrísima insinuó acaso su deseo de aumentar su culto trasladándolo á la parroquia de esta ciudad, añadiendo por aliciente el quedar la dicha hacienda enriquecida con el otro Crucifijo, que hasta hoy se venera en su capilla. Este mismo motivo pudo mediar entre la devoción de aquél caballero y su generosidad para hacer la dádiva sin agravio de su insigne religiosidad, á la cual dejaba objeto en una imagen de Cristo, aun cuando diese la otra á aquél Ilustrísimo Señor. Todas estas razones me persuaden la substancia de esta tradición, pero no puedo asentir á algunas circunstancias con que suelen defenderlo alguno de sus propugnadores. Dicen éstos que el Ilmo. Sr. Mendiola vino de España en una embarcación con D. Alon-

PROMOVER SU CULTO Y ADORACIÓN EN ESTAS PARTES. Entre estas imágenes que repartió Don Alonso Guerrero, tengo por

so de Villaseca, quien hizo en el mar la donación de nuestro Crucifijo á dicho Señor Obispo; pero esto, sea dicho con licencia de los que tal opinión siguen, es adivinar suponiendo otra adivinanza. Y digo que es adivinar, porque llevados de la coexistencia de ambos personajes en estos reinos, quieren inferir su concomitancia en la navegación desde Europa á este país. Empresa difícilísima, por cierto, puesto que aun los mismos descendientes de aquél caballero ignoran el tiempo fijo de su venida, y sólo hay ciertas conjeturas de que pasó á estas regiones por los años 1530, poco mas ó menos. Para adivinar de ese modo los que patrocinan esta sentencia, suponen que Don Alonso Guerrero de Villaseca trajo consigo desde Europa el santo Crucifijo: empeño tambien inacequible, pues que ni aun del celeberrimo Crucifijo de Ixmiquilpa consta que de Europa viniese en compañía de dicho caballero: y así, en la relación que de esta santa imagen imprimieron los Señores Capellanes del convento de Santa Teresa de México, se habla con cierta ambigüedad, diciendo: «que trajo, ó que envió á traer,» etc., y no sé yo que conste que el mismo caballero en persona trajo y no envió á traer esta otra efigie de Cristo crucificado que adoramos en Zacatecas; antes me inclino á creer que si esta imagen fué de aquél caballero y fué traída de Europa, no la trajo Don Alonso de Villaseca, sino que la envió á traer: porque este caballero (que lo era ciertamente como consta de su ejecutoria), vino de España sin caudal; y quien pasaba á estos reinos á hacer fortuna, no creo yo que emplease en Crucifijo el corto peculio con que venía. . . . Es, pues, muy incierta esta tradición en lo que toca á esta circunstancia.

Otros dicen que la donación del Sto. Crucifijo no la hizo inmediatamente el Señor Obispo Mendiola á la parroquia de Zacatecas, sino que á cierta cofradía de Morenos que radica en la misma parroquia. De este parecer son algunos, aunque muy pocos, y no sé si con mayor fundamento que el de haberlo oído decir á un Moreno; y el ser parte apasionada

conduce para no ser creído. Llámese éste José. . . á quien vulgarmente dan el nombre de Canito; lo cual tiene su razón de ser atendido á que ya cuenta en la actualidad 121 años; edad que, cuando no sea bastante para mentir, nadie pondrá en duda que, en los tiempos que corren, sea bastante para caducar. Yo, finalmente, no he hallado cosa cierta acerca del origen de nuestro santo Crucifijo. Los que leyeren deliberarán sobre la probabilidad de estas tradiciones y elegirá cada uno lo que juzgue más razonable.

En el mismo manuscrito, haciendo la descripción del Santísimo Cristo, en la página 209, se expresa el autor del modo siguiente:

« . . . . A muchos de los moradores de esta ciudad, que están viéndolo cada día, he preguntado yo, después que tomé las medidas al Crucifijo: ¿qué altura le parece á usted que tendrá el santo Cristo? Cuando más dos varas, me responden todos. Y al decirles, lo he medido con suma prolijidad y tiene dos varas, una tercia y dos pulgadas, se llenan de admiración.

—Parece imposible, me dicen, ese es cuerpo de gigante, y todos vemos que es una estatura perfectísima. Y es que; tanto decoro y hermosura lo concilian la buena proporción y rectísima y ajustada simetría de los miembros. El pie es el que se hubiera menester para sostener tanta corpulencia; las piernas, quitadas de aquel cuerpo, no sé que parecieran; pero en él parecen bases de marfil hechas á torno. El muslo y el talle fueran imperfectos si no correspondiesen á las basas en que estriban. El brazo, que es de tres cuartas y una ochava y una pulgada, parecería aspa de molino si no estuviera en aquella estatua, y sobre cuerpo más delgado pareciera la cabeza representación de la de Olofernes en la extremidad de una pica. A nadie le ha parecido muy grueso el garbosísimo Crucifijo, aun después de haber yo abierto los ojos á los que lo ven, sin advertir que por la cintura, que yo medí fidelísimamente, envuelve el cendal una vara, una

sesma y una pulgada. Ya en un capítulo del primer libro, describí el cabello y no debo repetir aquí lo mismo que allí dije. Es Cristo de la Expiración nuestro Crucifijo, y así tiene inclinada la cabeza como cuerpo muerto. La herida del costado es la que podría hacer una lanza, y caben por ella cuatro dedos. El barniz de todo el cuerpo es blanco moderadamente, y muy á la imitación del color medio entre el blanco y el trigueño. No es *cándido* y *rubicundo*, ni era de creer que conservase este color nativo el Esposo-Cristo en la Cruz, como si estuviere en el tálamo; pero tampoco es denegrido, como otros Crucifijos. Ni está indecorosamente ensangrentado, aunque aparece en él toda la sangre que saldría del cuerpo sacratísimo de aquel cordero inmolido, y lo bastante para que todos pudiésemos lavar nuestras estolas. Por los derrames del cuello bajan dos avenidas, que se juntan en el pecho, tan proporcionadas, que creo yo que no sería más ni menos la que sacarían las espinas de la cabeza de Cristo; esta misma reflexión guió tal vez al artífice para calcular la que los clavos harían manar de las sagradas manos y los pies. En todo el cuerpo aparecen equimosis, lívidos vestigios de los azotes, y tantos, que con solo verlos se hace concepto de haber pasado de cinco mil los que recibió Cristo, nuestro Bien. Si en la variedad de opiniones sobre el modo de la crucifixión de nuestro Redentor, hemos de creer á los que mejor sienten, á mi modo de ver, después de haberlo puesto los verdugos en la Cruz tendido sobre la tierra, y tirado con cordeles, como le fué revelado á Santa Brígida, para que los pies y las manos llegasen á los taldros que abrieron para los clavos; estaría sobre la Cruz ya levantado con el moderado encogimiento con que aparece en esta su santa efigie. Tal creo yo que quedaría aquel cuerpo sacratísimo con su natural peso después de haberlo extendido los verdugos ayudados de sogas. De propósito he dejado de hablar de su rostro por describir ahora con menos prisa su apacibilidad, aunque no tan despacio su belleza

U. A. N. L.

y donosura, pintando una por una sus facciones, pues á ninguna persona de mediano entendimiento se escapa, que siendo asunto muy serio un Crucifijo, no se ha de emplear en sus lineamientos el cincel profano de las musas. Y antes de empezar á describir su apacibilidad, quiero advertir á quien esto leyere, que escribo con el recato que debo como aquel sabe que pueden desmentirlo todos los moradores presentes y futuros de esta ciudad y pueblos comarcanos, si no escribe con suma fidelidad. Bien sé que al describir la eximia belleza de nuestro Cristo, dirá alguno que no corresponde á su prototipo, que en la Cruz fué tenido como leproso por los que le veían; que á tal deformidad declinó el especioso entre los hijos de los hombres; pero si es verdad, como creo, que este Crucifijo se parece mucho á su prototipo, el discurso que voy á formar brevemente me llevará á un concepto inexplicable de la hermosura de Cristo. No creo yo que tuviera preciosidad y donosura en la Cruz sine en el sentido relativo y no absoluto en que habla Isaías: de donde infiero que si respecto de la hermosura natural dá Cristo era fealdad la hermosura con que aparecía en la Cruz, sería imponderable la hermosura natural, y digna verdaderamente de que los ángeles desearan ver su rostro. En esta su imagen representase, pues, apacibilísimo; y es cosa verdaderamente portentosa lo que en esta parte sucede con nuestro Crucifijo. Es imposible mirarlo sin comprender como si quisiera hablar á quien de cerca lo mira. Esta apacibilidad será más admirable á quien advirtiese que ordinariamente los crucifijos de estatura grosera aparecen horribles con no sé qué saña que nos llena de respeto, al mismo tiempo que nos inspira temor. Es menester valirme aquí del dicho de una persona religiosa, y dar á entender la benignidad impresa en el rostro de nuestro Crucifijo con una ocurrencia, graciosa por cierto, pero propia, para inspirar á todos cuantos leyeren esta relación un altísimo concepto de la apacibilidad de nuestro Cristo. Celebraba cierto día un

religioso el Santo Sacrificio en el altar de una célebre imagen de Jesús Nazareno, que se venera en el Real de Minas de Mazapil, y acabada la Misa levantó los ojos para ver ta milagrosa imagen, y dijo así: «No puedo negar, Señor, que sois milagrosísimo, y muy digno de que vengamos á adoraros de tierras muy distantes; pero despedíos de que yo os diga otra Misa, porque estoy habituado á ver aquella apacibilidad del Santo Cristo de Zacatecas; y vos me llenais de horror con ese rostro tan sañado. Al ver aquel Crucifijo, paréceme que se sonríe conmigo; y en vos se me figura que falta poco para que me lancéis dos rayos de vuestros ojos.» Yo, en fin, no ignoro que aquella facilidad con que Jesucristo atraía á sus apóstoles llamándoles pescadores de las riberas del mar, sacando logreros de los telonios y haciéndose seguir de los publicanos y gente perdida, no sólo se atribuye á la Divinidad, que sin agraviar los fueros de la humana libertad, forzaba con inefable suavidad á los hombres para que le siguiesen, sino que también se atribuye á la serenidad apacible y benignísima que aparecía en su rostro; y tengo por imposible, en el sentido en que debo expresarme así, que nuestro Cristo no atrajese á sí todo el mundo, si todo el mundo pudiera contemplarlo con la mirada. Esta apacibilidad nacida de la grande perfección de las facciones y de la expresión singularísima de afecto, se hace aún más admirable á quien sabe que está fabricado el Crucifijo de una materia muy poco apta á la prolijidad del cincel. Es una pasta de papel semejante al cartón, excepto las manos y los pies, que son de una madera muy ligera, poco más sólida que el corcho; y por eso quitada la efigie de la Cruz, puede alzarla un hombre de escasas fuerzas hasta con dos dedos. Mi prolijidad tuvo respeto á la gran veneración que profesó al Santísimo Cristo, y por eso no lo pesé, para saber puntualmente las libras que pesa; pero basta lo que dejo escrito para formarse cabal concepto.»

A continuación este notable escritor dedica todo un ca-

pítulo á tratar solamente de la riquísima cruz y preciosos clavos del Santísimo Cristo, empleando esa elegancia de lenguaje sobrio y exento de frases gongorinas, del cual acabamos de ver una verdadera muestra, y que con verdadero gusto seguiremos copiando en todo lo conducente al complemento de nuestra historia.

Dice, pues, así. . . «Antes de descender en particular á la riquísima Cruz que hoy tiene el santo Crucifijo, debo dar una breve noticia de la que tuvo antes. La cruz en que primero estuvo la santa imagen, era decente pero no rica: era de la madera preciosa y odorífera que llamamos ayacahuíte; estaba toda dorada y tenía azules las cenefas. Adquirí esta noticia por evidencia, porque he tenido en mis manos una cruz pequeña fabricada con un fragmento de aquella primera cruz del Santísimo Cristo. En ella estuvo hasta los años 1690, estando á las señas que me dañ muchísimas personas de esta ciudad; porque todas me dicen que el año que estrenó el Santísimo Cristo dicha cruz, fué el mismo en que sucedió tal ó cual novedad; y así por ilación recta tomada de la concurrencia de varios sucesos, que acaecieron en aquel año, deduzco haber sido el de 1690, aunque no rehuso admitir que fuese en el fin del anterior de 1689, ó en el subsiguiente de 1691; porque cuando concurren varios sucesos en la duración de un año, decimos: el año en que acaeció tal y tal suceso, acaeció también este de que hablamos; y entonces se entiende que hablamos de un año moralmente computado, puesto que ignoramos ó no recordamos el día ó mes fijos en que tales sucesos acontecieron. El año, en estos casos, no debe computarse precisamente de Enero á Enero, sino desde el mes del acontecimiento hasta el mismo mes del año siguiente. Y hablando con esta latitud, como parece, las personas que me dicen haber estrenado nuestro Crucifijo la cruz de que venimos hablando el mismo año en que se dió cierta misión en Zacatecas, fué sin duda la dedicación de dicha cruz al fin del

A continuación este notable escritor dedica todo un ca-

año 1689 ó en todo el de 1690, ó al principio del 91. No puedo dejar de reprobar la inculta falta de observación de aquellos que se hallaron en la dedicación de esta cruz. Cier- to, es cosa vergonzosa y lamentable tener que adivinar hechos que no pasan de veintidós á veinticuatro años de antigüedad. Dió esta cruz al santo Crucifijo el bachiller Don Nicolás Román, clérigo presbítero y entonces Sacristán mayor de la parroquia de esta ciudad, permaneciendo en ella la santa imagen hasta el día 26 de Abril del presente año de 1711. Fué este día último de un novenario que esta ciudad había hecho al Santísimo Cristo, pidiéndole salud, porque infestada la ciudad de varias enfermedades mortales, había escasez de lluvias y amenazaba una terrible sequía. No quiero pasar en silencio el prodigio que aquella tarde tocamos con la mano. Salió el Santísimo Cristo en procesión por las calles en su nueva cruz; y si he de hablar con frasisimo adecuado, no le pareció bien estrenar cruz sin remojarla, porque al llegar á la primera posa, dejó caer sobre nosotros de una nube un aguacero tan copioso, que fué necesario cubrir la santa imagen con los ricos tellices que se habían prevenido en la misma posa, y aguardamos á que el agua cesase debajo del zaquizamí de la cruz que llaman de Zavala. Tan presuroso anduvo el Santísimo Cristo en dar también la salud que le habían pedido en el mismo novenario, que desde aquel día experimentamos que nos había dado tanta salud como agua. Fabricóse la nueva cruz del oloroso é incorruptible ayacahuíte, para servir de sustentáculo á las riquísimas planchas de plata con que se cubrió toda la superficie. Están dichas plantas labradas tan á todo costo y sin admitir gasto, que tienen demasiado grueso para que pudiese sostenerse toda la cruz en la plata sola y sin el admi- nículo de la madera, que con dichas planchas quedó cubierta. Harase creíble esta que parece ponderación, poniendo aquí la cantidad de marcos de plata que entraron en dichas planchas, los cuales no son menos de 145 (ciento cuarenta

pero tanta fuerza sólo por pocos días, quedando en poco tiempo destruida toda su artística belleza, como sucede con

y cinco marcos); pero lo menos admirable es la materia, porque, cierto, le sobrepuja la obra. Está dorada dicha cruz con gracioso artificio, á tramos, luciendo así más que si se hubiera dorado toda como se deliberó al principio. Con tres marcos y medio de oro se hizo en ella una hermosísima variedad y distinción de flores y querubines realzados de medio relieve con grande proporción en toda ella. Una de las cosas que le concilian mayor magnitud y hermosura, son dos ángeles que, elevados en el aire sobre los brazos están teniendo la tarja del título. Pero lo que yo más alabo en esta obra primorosísima, es la precaución que se tomó para evitar que dicha cruz llegue alguna vez á oxidarse ó enmohecerse, como sucede frecuentemente con la plata que se labra fuera de Zacatecas, y rarísima vez con la que se labra aquí, así por la grande sequedad del clima, como por la parsimonia de los plateros en ligar. Con todo eso, para conseguir que la plata de la cruz se conserve siempre con lustre, se hicieron levadizas todas sus chapas con sus encajes y primoras molduras que se fijan por medio de sutilísimas aldabas y chavetas. Este artificio hace que pueda desarmarse toda la cruz para que se limpie pieza á pieza, siempre que contrajere alguna herrumbre. No debo pasar en silencio, aunque me lleva con mucha priesa el deseo de no explayar mucho, que la primera determinación de esta ciudad de Zacatecas, fué fabricar la cruz que deseaba consagrar á su Crucifijo de ébano incrustado de carey, nácar y marfil; porque la plata, decían, es en nuestra tierra materia ordinaria y soez. . . . . En esta determinación perseveraron por algún tiempo los moradores de Zacatecas y llamaron de México un habilísimo ebanista; pero la retractaron después convencidos de razones dignas de un entendimiento ilustrado. No hay duda, decían, que será la cruz más preciosa si se fabrica de ébano embutido, como que es materia menos común; pero luciría mucho sólo por pocos días, quedando en poco tiempo deslucida toda su artística belleza, como sucede con

todas las obras de este género, que en poco tiempo comienzan á saltarse las incrustaciones, quedando la obra deturpada y fea.

Compensaré la demora que he gastado en la descripción de la cruz, con la brevedad, hablando de los clavos. Son estos de plata primorosamente dorados. Cada uno de ellos tiene en la extremidad del martillo una esmeralda, singularizándose así por la grandeza como por la calidad. Cada una de estas esmeraldas está rodeada de otras menores, de rubíes preciosísimos y de otras piedras, las cuales forman en las cabezas de los clavos otras tantas rosas vistosísimas. Formárase concepto, en fin, de la finura de esta obra, poniendo yo aquí el costo de sus hechuras; pero supongo que convienen todos los que han visto la cruz y los tres clavos que he descrito, en que no interesó cosa el artífice y que cumplió la palabra dada de trabajar de balde en obsequio del Santísimo Cristo, sin recibir más cantidad que la que importasen el de oficiales y otros gastos, y después de toda esta equidad llegaron las hechuras al monto de 724 pesos. Dedicada la cruz y los clavos, pidió D. Martín Verdugo, tesorero de la real caja de Zacatecas, lo que tenía antes el santo Crucifijo, de la cual se tomaron muchos fragmentos, y se repartieron entre personas piadosas y devotas del Santísimo Cristo. Reserve la mayor parte de dicha cruz en su misma forma, aunque disminuida la materia, porque los fragmentos de que hablé se tomaron de ella con respecto á la proporción necesaria para que la cruz quedase perfecta, aunque menor; y así se trozó parte del mástil y de cada uno de los brazos. Los clavos y el título los llevaron otros devotos del Santísimo Cristo.»

Veamos ahora lo que el mismo autor dice hablando de la antigua capilla en la que tenía culto el Santísimo Cristo: . . . . . «Lo que pertenece á la substancia de lo que debo narrar es que, por los años de 1692 empezaron á realizarse los deseos que esta ciudad había alimentado por mu-